



BASUTOLAND (AFRICA MERIDIONAL).—MUJER CAFRE AVENTANDO MAÍZ.—Reproducción de fotografía enviada por el P. de Marc.

UNA LIMOSNA PARA EL SHENSI SEPTENTRIONAL (CHINA)

Cuando un Obispo misionero se resuelve á enviar á Europa uno de sus sacerdotes, obrero del campo que tanto necesita del esfuerzo de los pocos escogidos que á su dura labor se han consagrado, es señal evidentísima de cuán apremiante es la necesidad.

Con palabras, que la sencillez hace más elocuente, nos lo explica en el siguiente artículo el R. P. José M.^a Iruarrizaga, franciscano, misionero hace años en el Vicariato más pobre de la China, de donde ha venido á su patria á pedir una limosna, primero para los pobres de un hospital que, sin el apoyo de los amigos de *Las Misiones Católicas*, la miseria obligaría á cerrar, después para la salvación de todas aquellas almas esclavas del error.

Al llamamiento del misionero pobre, del Religioso nuestro compatriota, que viene á España fiando en la nunca desmentida caridad del católico pueblo español, suma el suyo *Las Misiones Católicas*: para ayudar á los misioneros, para cooperar á sus obras se publica el presente *Boletín*, órgano de la Propagación de la Fe: cumple, pues, con su deber rogando á todos sus amigos que, prestando oídos á la voz del misionero que pide, socorran las necesidades de la Misión del Shensi septentrional, dando mucho quien pueda mucho, dando unos céntimos no más quien pueda poco. Dios se lo pagará, y las almas de los que, asistidos gracias á sus limosnas en el hospital católico, mueran convertidos y regenerados, al comparecer ante Dios repetirán agradecidos: «la caridad española nos ha salvado.»

P IADOSOS lectores de *Las Misiones Católicas*: Soy un pobre franciscano misionero en el Vicariato más pobre de la China, el Shensi septentrional. No obstante la extrema pobreza del Vicariato, me encontraba yo contento y alegre entre mis queridos cristianos, y trabajando á la medida de mis fuerzas por la conversión de

tantos infelices paganos, sumidos en groseras supersticiones y entregados al culto del diablo, cuando me llegó la voz y el precepto de mi señor Obispo primero, y del reverendísimo Ministro General de mi sagrada Orden después, mandándome, en virtud de santa obediencia, trasladarme á mi patria para implorar la caridad de mis compatriotas en favor de aquella Misión tan probada por Dios Nuestro Señor con frecuentes períodos de hambre y peste.—Precepto duro para mí de cumplir, pero era preciso obedecer y... vedme hoy entre vosotros.

Sí, católicos, vengo del centro, del corazón mismo de la China, donde por algunos años he tenido el dulce consuelo de regenerar con las aguas bautismales no pocas almas que se encontraban en posesión de Satanás, pero aún queda mucho que hacer, aún hay muchos millones de almas que, aunque redimidas por la sangre preciosa de nuestro divino Jesús, están muy lejos de El, y sin conocer su santo Nombre.

No tengo necesidad de ponderaros la extrema necesidad en que se encuentra nuestro Vicariato. Baste decir que el hospital en el que se presta constante atención gratuita á un centenar de enfermos, á fin de conseguir atraerlos al rebaño santo de Jesucristo, y que es una fuente perenne de honor, gloria y alabanza que se tributan á Dios, y causa de que muchos enfermos, ó mueran con el santo bautismo para subir al cielo á cantar las divinas alabanzas, ó salgan del hospital completamente cambiados, merced á los incesantes des-

velos de las Franciscanas Misioneras de María Inmaculada; el hospital está en inminente peligro de ser cerrado por falta de recursos.

Nunca llegaremos á saberlo, piadosos lectores, hasta que seamos juzgados en el tribunal del Soberano Juez: pero aquel día «una luz espléndida, una visión celestial, toda hermosa y agraciada, nos descubrirá no sólo el riquísimo tesoro de gloria que ganaréis para Dios, cooperando con vuestra generosa limosna á la conversión de las almas, sino también la recompensa infinita y eterna que por ello en galardón nos espera.»

Quien mucho tiene, puede dar mucho; y quien poco, lo mismo puede agradar á Dios dando un poquito. Así lo mismo se recibirán con agradecimiento algunos céntimos de limosna, como si hubiere alguna familia pudiente que en mayor ó menor escala quisiera patrocinar ó empeñarse eficazmente al sostenimiento de aquel santo hospital. Para detalles ó para depositar limosnas podrá hacerse á la Administración de *Las Misiones Católicas*.

Que Dios nos haga dignos de oír un día de sus divinos labios aquella bendición: «Venid, benditos de mi Padre... estuve enfermo y me visitasteis...»

FR. JOSÉ MARÍA IRUARRIZAGA, *franciscano,*
Misionero Apostólico en China.

NOTICIAS VARIAS

Barcelona (España).

Para recaudar limosnas para la Misión de Shen-si (China).—En el salón de actos de la Academia de la Juventud Católica, se celebró el miércoles 10 del corriente la velada organizada en honor de los PP. Misioneros de la China.

Presidió el acto D. Ramón Albó, quien tenía á su lado á los conferenciantes, reverendos PP. Iruarrizaga y Vila, al Definidor de la Orden Franciscana y á otros Religiosos.

Los Sres. Ribera y Rovira Negre presentaron á los Religiosos que habían de disertar sobre la China, encomiando su obra y recomendándola á la caridad de los presentes.

El P. Fr. José M.^a Iruarrizaga leyó una entretenida relación, disertando acerca de *casos y cosas* del Celeste Imperio. Hizo notar que la China es á los ojos de sus naturales como una gran familia; por tanto los deberes sociales allí no son más que los del hijo respecto al padre, considerándose el Emperador el Gran Padre de familia. La piedad filial, dice Confucio, es el fundamento de la sociedad. A este principio, atribuyó el disertante la cohesión, fuerza y duración de la China.

Explicó el organismo electoral, con tantos sufragios como familias, ocupándose luego en varias particularidades que ofrece la justicia china, así como en los funerales y entierros. Acerca de la primera dijo que, considerando que las acciones del hijo ennoblecen al padre, se da el caso de que en regiones miserables haya jóvenes que ofrecen su cabeza á la justicia,—la justicia china se da por satisfecha castigando el delito—en substitución de criminales ricos, por una cantidad que disfrutaban sus padres, los cuales les bendicen ponderando su generosa acción.

Habló de la autoridad paterna, con derecho sobre la vida de los hijos, y de la triste situación de la mujer china, á la que sus padres desdeñan, pues no sirve para sus ritos fune-

rarios, ya que no puede hacer sacrificios ni quemar incienso como el varón. La mujer solamente tiene en perspectiva una sujeción absoluta primero al padre, luego al esposo: no puede heredar bienes de ninguna clase y es objeto de compraventa, no gozando en ninguno de sus estados, salvo el de viuda, de la más exigua libertad. Por esta razón son frecuentes en China los infanticidios cometidos en las niñas, á los que en estos últimos tiempos ha substituído el abandono, desde que las madres saben que abandonando á sus hijas recién nacidas, las recogerán los misioneros y cuidarán de su manutención. Solamente el Vicariato de Shensi sostiene 900 niñas que fueron abandonadas por sus padres.

Terminó el P. Iruarrizaga pidiendo á los barceloneses limosnas con que atender la obra, ya que su situación actual es precaria.

Le siguió en el uso de la palabra el P. Fr. José M.^a Vila; este misionero, que ha residido en China por espacio de 25 años consecutivos, se quedará ya en Barcelona.

Recordó el P. Vila que con lo que se pudo recaudar hace nueve años en nuestra ciudad se ha podido alimentar á más de diez mil niñas; se ha cristianizado á más de 100,000, y se han construído 14 iglesias, dos de ellas de mucha capacidad. En la actualidad hay en China, como auxiliares de la Misión franciscana, 200 misioneros y 150 sacerdotes indígenas.

El Sr. Albó pronunció breves palabras encomiando el sacrificio de los Padres misioneros, y haciendo notar de paso la diferencia que media entre la mujer pagana y la redimida por nuestra sacrosanta Religión, pidió especialmente á las señoras católicas que contribuyan con su óbolo á la conquista de almas privadas de la luz de la verdad.

También habló, para manifestar su agradecimiento en nombre de la Orden Franciscana, el Definidor de la misma, reverendo P. Cálper.

Durante la velada recitaron poesías los Sres. Sala y Bonfill, Balmes y Baldelló, y la sección musical de la Academia de la Juventud Católica, que dirige el Rdo. Masvidal, Pbro., ejecutó varias composiciones.

Asistió á la referida fiesta numerosa y distinguida concurrencia.

Cádiz.

Nuevos misioneros dominicos españoles.—El día 30 de Diciembre de 1908, embarcaron en Cádiz para distintas regiones americanas, trece Religiosos dominicos. El P. Benjamín Gutiérrez, de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, con destino á Nueva Orleans, en los Estados Unidos. Los PP. Fr. Tomás Calvo, Fr. Ramón Palacio, Fr. Macario López y el Hermano Fr. Manuel Solís, para Méjico.—Los Padres Fr. Pablo Sánchez, Fr. Agustín Castellanos, Fr. Manuel Beltrán, Fr. Félix Camazón y el Hermano Fr. Agapito Llorente, para San Salvador.—Los PP. Fr. Victoriano Osende, Fr. Manuel Alvarez y el Hermano Fr. Bonifacio Martínez, para las Misiones vivas de Urubamba en el Perú.

Roma.

Nuevo Venerable.—El 9 de Diciembre último, Su Santidad Pío X firmó un decreto declarando Venerable al Rmo. P. Juan Claudio-María Colin, fundador y primer Superior general de la Sociedad de María (Hermanos Maristas), á la que pertenecen, como es sabido, todos los misioneros de la Nueva Caledonia, de las Nuevas-Hébridas, de la Oceanía central, de Samoa, de las Salomón y de gran parte de la Nueva Zelanda.

Egipto.

Nuevo templo en Tintah.—El Rdo. P. Hervonet, de las Misiones Africanas de Lyon, nos escribe de Tintah:

«El domingo 11 de Octubre tuvo lugar la inauguración de la nueva iglesia de Santa Ana. Esta iglesia, que aún en Europa sería notable, dada la magnitud de sus dimensiones (cuarenta y cinco metros de largo, por quince de ancho y otros tantos de alto), es un monumento gótico con tres naves, separadas por diez hermosas columnas. Es obra del reverendo P. Villevand, cuyo ardiente celo ha superado y vencido todas las dificultades.

M. Girard, cónsul general de Francia en Alejandría, y M. Drenil, vicecónsul, concurren a la fiesta. El reverendísimo P. Ducet, prefecto apostólico, bendijo el santuario, pronunciando un elocuente discurso de circunstancias, en el que, después de haber saludado al Papa, rindió homenaje al khedive Helmi II, que deja en completa libertad a los cristianos.

Tché-kiang (China).

Los dispensarios de Sor Faure.—La Hermana Faure, Hija de la Caridad, nos escribe desde Tso-fu-pang, con fecha 28 de Noviembre de 1908:

Hace ya algún tiempo que no os he dado noticias de nuestra Misión. Nuestros hospitales están llenos de enfermos. La principal causa de ello son los trabajos emprendidos para la construcción de las vías férreas, que se multiplican extraordinariamente en China. Los empresarios, necesitando considerable mano de obra, llamaron a todos los que no tuvieran trabajo y los ocuparon en la fatigosa labor del trasiego de tierras. No siendo bastante fuertes para resistir estas rudas tareas, muchos chinos contrajeron graves enfermedades, y no teniendo quién les cuidara, acudieron en masa a nuestro hospital. Pronto se llenaron todas las salas: no habiendo bastantes camas, pusieron dos enfermos en cada una, y aun los hubo que tuvieron que acomodarse en jergones al suelo. Estas pobres gentes nos llegaban vestidas de andrajos y llenas de miseria; teníamos que vestir a todos. Nuestra botica estaba bien provista de medicamentos; pero lo hemos agotado todo, y necesitaremos una considerable suma para volver a proveerla. No sé dónde podré encontrar el dinero necesario.

La obra de los dispensarios en China es de gran importancia para la Religión; en ellos se bautizan innumerables niños moribundos, que van a aumentar el número de los angelitos del cielo. El Misionero director de nuestra Misión, viendo el bien que en dichos dispensarios se opera, acaba de hacer construir uno a su costa. Probablemente lo inauguraremos el 3 de Diciembre próximo, fiesta de San Francisco Javier.

Trichinopoly (Indostán).

El hambre.—El Ilmo. Sr. Barthe, de la Compañía de Jesús, obispo de Trichinopoly, nos escribe desde aquella ciudad con fecha 23 de Diciembre de 1908:

Conociendo los apremiantes llamamientos hechos a la caridad de los católicos, he diferido algunos días el envío de esta carta; pero mi corazón ya no puede resistir más a los gritos de miseria lanzados por los misioneros en favor de sus hambrientos.

Durante los últimos años las lluvias han sido insuficientes; por esto el precio de los granos ha ido siempre en aumento, y los pobres indios han gastado ya cuanto tenían. Créase que este año nos compensaría de las malas cosechas precedentes. Las abundantes lluvias de Octubre permitieron sem-

*

brar. Pero a estas lluvias sucedió un tiempo seco. Un sol ardentísimo que lo abrasa todo. En la mayor parte de la Misión, donde todo depende de la lluvia, las cosechas se han perdido.

Hemos intentado aplacar al cielo con rogativas públicas... ¡todo en vano! Pero, si Nuestro Señor no se ha dignado apartar de nosotros esta plaga, será sin duda porque nos reserva socorros que la harán redundar en provecho de las almas.

En Diciembre acabó la estación de las lluvias. Los cristianos empiezan a sitiar las casas de los misioneros, suplicándoles no les dejen morir de hambre. ¡Qué será de nosotros dentro unos meses!

—¿Por qué estáis ociosos todo el día? decía no ha mucho un misionero a unos pobres cristianos que veía continuamente sentados a la sombra de sus casas.

—Padre, le respondieron, ¿qué podemos hacer? La tierra está dura como una piedra, todas nuestras cosechas están perdidas. No teniendo de comer, tampoco tenemos fuerzas para trabajar: nuestra situación es tal, que si no se nos socorre, no nos queda otro remedio que emigrar o morirnos de hambre.

He aquí el triste espectáculo de que somos continuamente testigos, sin poder socorrer a tantos desgraciados por falta de recursos. Numerosas familias paganas que han oído hablar de la gran caridad de la Iglesia católica, han acudido ya a nosotros. Nuestros orfanotrofios están llenos: cada día vienen madres paganas a ofrecernos sus hijos, pues ellas no los pueden mantener, ni sufrir los desgarradores gritos que el hambre y la miseria les arrancan. ¡Cuántas almas podríamos salvar en estos momentos, si tuviéramos más recursos!

Rogamos al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, inspiren a las almas caritativas la cristiana idea de socorrer a estos pobres hambrientos y de abrir el cielo con sus limosnas a tantos paganos que corren peligro de perderse por toda una eternidad. Estas almas regeneradas y salvadas sumarán sus oraciones a las que los misioneros y los cristianos elevan diariamente al Sagrado Corazón de Jesús para que colme de bendiciones a todos sus bienhechores.

Gallas (Abisinia).

Un Seminario.—El Rdo. P. Diego José, capuchino, misionero en Lafto-Harrar, escribe a M. Fages, alumno del Seminario de Tolosa:

Lafto, mi residencia, es un hermoso *atamas* (pueblecito), a la cima de una colina, a tres jornadas de Harrar. Al Este y al Oeste está rodeado de montañas; al Norte, se extiende delante de nosotros, como inmenso mar de arena hasta perderse de vista, el famoso desierto de los Adals y Dankalis.

En este desierto se descubre a lo lejos la silueta de unas colinas, en donde, hará unos diez años, fué asesinada una numerosa caravana europea.

El pueblo de Lafto lo componen unas veinte chozas. Si entráis en una de ellas, para lo cual es preciso inclinarse un poco, hallaréis por el suelo multitud de calabazas, pedazos de tela que en su tiempo fueron blancos, niños desnudos que juegan y hacen piruetas... El padre y la madre durante todo el día están ausentes. Al anochecer regresa al pueblo el rebaño: entonces jumentos, vacas, cabras, carneros, hombres y mujeres se hacinan en estas cabañas sin ventana ni chimenea. Enciéndese el hogar, y padre, madre e hijos, sentados al rededor de la lumbre, comen pan salpimentado.

Algo más abajo del pueblo, en la mitad de la falda del monte, se encuentra una empalizada; es el cercado de la Misión. Nuestras casitas son como todas las del pueblo, pero algo más espaciales. Por su fábrica se descubre que mano más

hábil y civilizada las ha construido. Allí están mis amados negritos, vestidos con la simple camisita, á excepción de los mayores, que llevan pantalón, aunque algo estropeado; pero aquí llevar pantalón equivale á poseer una fortuna.

En la Misión tenemos establecido un Seminario en el cual otro Padre y yo estamos preparando algunos muchachos para el sacerdocio. La mayoría, que apenas cuentan de diez á quince años, poseen ya algunas nociones de francés y de latín. Pasan todo el día ocupados en la oración, el estudio y las labores del campo. Hay que esperar que el Señor secundará nuestros esfuerzos, y que muchos de estos jovencitos serán el día de mañana dignos ministros de Dios.

Islas Gilbert (*Oceania*).

Los Gilbertinos.—El Rdo. P. Endair, de los misioneros de Issudun, nos escribe desde Nonuti:

Los Gilbertinos son inteligentes por excelencia. Tienen de suyo mucha memoria y perspicacia, y aun á veces una penetración que denota en ellos gran aptitud para las ciencias.

Su idolatría nunca ha sido de las más groseras ni repugnantes. La mayoría creían en los *Anti*, esto es, en los Espíritus. El culto de los *Anti* era principalmente, como en los pueblos paganos de otros tiempos, un culto de temor y servidumbre. Todavía en la actualidad los Gilbertinos los temen mucho á los *Anti*; tanto es así, que en cuanto ha cerrado la noche ya no se ve nadie por el campo, ni por las calles del pueblo: temen que el *Anti* se los coma. Afortunadamente las antiguas supercherías van cediendo á la luz de la verdad.

Su inteligencia es fácilmente accesible á los elementos de la doctrina cristiana. Con asombrosa rapidez aprenden lo necesario para su salvación. En Nonuti hay algunos que por estar bastante instruidos en la Religión, pueden acercarse con frecuencia á recibir los Santos Sacramentos. Todos, por lo general, son buenos, pero indolentes: son verdaderos niños á quienes hay que reprender, corregir é instruir. Muchos frutos de santificación hemos recogido ya, pero hay que hacer mucho más todavía.

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

CAPÍTULO VII.—Huída de los indios á nuestra llegada. —Modo cómo se logró su vuelta.—Influencia del misionero.—Equipo de las nuevas canoas.



UY corta fué nuestra permanencia con los indios de Yasotoaró; con todo, más que suficiente para hacerles mudar de parecer sobre la conducta de los soldados. Habían creído, por malos informes de un comerciante, que los iban á tratar mal, robarles sus sementeras y otras cosas más. Quedaron muy contentos y agradecidos de todos, máxime de los Misioneros, que procuramos hacerles todo el bien que pudimos.

Llevando también nosotros recuerdos de gratitud, nos despedimos el día 12 de Septiembre. Día y medio anduvimos aguas abajo, y dimos con la bella colina de Montepa, sobre la cual está edificado el pequeño pueblo del mismo nombre. En ese trayecto todos mis compañeros tuvieron una buena navegación, excepto el que escribe estas líneas, quien á consecuencia de un ataque de bilis y un fuerte dolor de cabeza, sufrí lo indecible. Con motivo de este incidente no pude ser testigo de las cosas que habían ocurrido á nuestra llegada, y así se las contaré tal como me las refirieron los soldados y el mismo General.

Unas dos horas antes de llegar al puerto de Montepa, pueden ser vistas las embarcaciones que bajan; y según esto, los indios tuvieron sobrado tiempo para observarlo todo: vieron, pues, á los soldados, sus armas, y las banderas que tremolaban sobre las canoas; mas, por estar yo acostado, no pudieron verme á mí; y como se les había anunciado que iba con la expedición el Misionero, á quien ellos quieren mucho, todo esto contribuyó para que formaran la resolución de abandonar sus casas é irse monte adentro. Lo cierto es que al des-

embarcar nuestra gente no encontró un solo indio.

A mí, con mucha caridad, me llevaron desde la canoa á una de las casas más inmediatas, y colocáronme sobre una ancha tabla, que los indios suelen tener para sentarse, en sus grandes reuniones. Supliqué á los soldados que me cubrieran la cara con una sábana, para que los mosquitos no me picaran, y que me dejaran tranquilo. Todo esto pasaría á la una de la tarde, y á las seis poco menos me despertaron mis compañeros, debido á que, por causa de un aguacero y estar desmantelada la casa, me caía el agua encima. Luego levantándome fuí en busca del General, quien se admiró de mi pronta curación. Ordenó que sirvieran la comida, á la que asistí con pocas disposiciones todavía, pero con mucho contento, pues ya me había pasado la enfermedad. Al verme los indios, empezaron á salir de sus casas, y, con su cacique ó capitán á la cabeza, fueron á visitarme, llevando algunos plátanos y una ó dos piñas. Recuerdo que los soldados les decían en mi presencia: «¿No veis como no ha sido mentira de que Taita Padre estaba aquí? ¿Por qué se huyeron?» Y ellos por respuesta sólo se reían. Lo que había ocurrido, pues, fué lo siguiente: Al ver que no había un ser viviente en todo el pueblo, varios de los soldados se fueron para el monte por ver si daban con algún fugitivo. Pronto vieron por medio de los árboles, á uno que estaba escondido: lo llamaron, diciéndole al mismo tiempo que no tuviera miedo; pero esto bastó para echar á correr montaña adentro. Siguiéron en pos de él amenazando de que si no paraba le harían fuego; mas todo era inútil. Entonces se le ocurrió á uno de los soldados decirle: «Taita Padre está en la casa, vino con nosotros; vayan á visitarlo.» Oyendo esto el fugitivo disimuladamente suspendió la carrera, y esperó que le hablasen de cerca. Con prudencia y buenas palabras hicieron que se le fuera el miedo, y lo persuadieron de

cómo era verdad que yo estaba en la casa. Cuando por sí mismo estuvo cerciorado, fué á avisar á los demás que por allí cerca estaban, sin duda, observándolo todo. A hurtadillas entraban, cada cual á su casa, y dentro de poco tiempo estuvieron todos reunidos.

Todo esto, como se ve, es de no poco consuelo para el Misionero, al saber que lo quieren y respetan, y que es el único en quien pueden confiar. Tienen razón en creerlo así: porque si me pusiera á contarle las fechorías, engaños y vejámenes de muchos comerciantes, es para admirar cómo todavía viven los indios en esos lugares, y no se hayan transmontado huyendo de los que tan mal trato les dan.

Al siguiente día de ocurridas estas cosas, llegó sin novedad el P. Santiago con la mitad de la expedición; y desde este punto anduvimos ya juntos hasta Tres-Esquinas (confluencia del Orteguasa con el Caquetá), en donde hubo necesidad de separarnos de nuevo.

Lo que motivaba unas veces el adelanto de unos y otras el de otros, era la falta de buenas canoas y la urgente necesidad de llegar pronto al río Caraparaná. Para remediar lo primero y cumplir con lo segundo, nos adelantábamos algunos en las mejores canoas, con el fin de tener arreglado el viaje para los que venían atrás; y éstos se quedaban luego reparando ó embalando las embarcaciones que lo necesitaban para asegurar la navegación.

Cinco días permanecimos con los indios de Montepa. En este tiempo se familiarizaron mucho con los soldados; y si al principio huyeron de ellos, luego tomaban, con gusto, parte activa en los juegos que, por distracción, formaban en las noches de luna. También eran muy exactos en la asistencia á la Misa y demás actos religiosos, manifestando asimismo como una pasión por oír cantar; lo que tuvimos ocasión de notar cuando, según costumbre, después de las Letanías lauretanas, entonábamos á coros, los gozos de la Divina Pastora.

También en este lugar, después que estuvieron muy bien arregladas las cinco canoas, tres grandes y dos pequeñas, que fué el total de las que llevábamos hasta Nueva Granada, pusimos toda la expedición bajo el amparo de la Santísima Virgen, y, antes de volvernos á embarcar, bendijimos dos nuevas: á la una se la denominó *Becerra*, y á la segunda *Reyes*. Terminada la ceremonia (la que se hizo con la solemnidad que permiten esos lugares) hubo salvas de artillería en honor de los dos personajes; y mientras que las montañas de uno y otro lado del Putumayo repetían con su eco el ruido aturdidor de las descargas, nosotros íbamos dejando el puerto de Montepa.

CAPÍTULO VIII.—Recuerdos del R. P. José Laínez.—Güepí.—Micuntí (antiguo pueblo de negros brasileños).—Buenos Aires.—Casual encuentro de una tribu de indios güitotos, denominados los «Caimitos.»

El día 19 de Septiembre salimos todos reunidos de Montepa; y después de haber navegado unas tres horas el Putumayo, aguas abajo, encontramos por la parte derecha del mismo río, el San Miguel. Este, en el lugar de su confluencia, me pareció tan caudaloso como el mismo Putumayo.

La aurora del 20 del mismo mes nos brilló en la Con-

cepción, lugar que recuerda el antiguo pueblo de indios, con quienes vivieron algunos meses los infatigables jesuitas, PP. José Segundo Laínez, José Piquer y el Hermano La Plata.

A su vista agrupáronse en mi mente tristísimos recuerdos. Aquí, y en tiempos no muy remotos, se tributaba culto de adoración al Dios de los ejércitos; aquí, apóstoles de la caridad, que desde lejanas tierras habían venido en alas de amor, ofrecían el incruento Sacrificio de nuestros altares, y oraban por los pecados del pueblo. ¡Bendita tierra, me decía, que está humedecida con las lágrimas y sudores de los virtuosos hijos de Loyola! Y más bendita todavía, por haber guardado en su seno el cuerpo del bienaventurado P. José Laínez, quien á semejanza del Buen Pastor, pasaba por estos lugares haciendo el bien á tantos infelices que estaban sentados en las sombras de la muerte, y dió su vida en muy temprana edad (murió á los 36 años, el 27 de Junio de 1848) por amor á sus ovejas errantes en estos montes. Todos estos recuerdos, en ese momento me impresionaban; y hasta unas dos palmeras que tímidas se levantan en la orilla izquierda del río, únicos vestigios del pueblo de la Concepción, y testigos quizá de los postreros momentos de dicho Padre, todo contribuía para que la mente se exaltara y fuera más tétrico aquel lugar.

Teniendo en cuenta que los juicios del Señor son muy diferentes de los de los hombres, el P. Santiago y yo encomendámos á Dios el alma del adalid, é hicimos también que la tropa honrara su memoria con una marcha fúnebre.

Dejando la Concepción á nuestra izquierda, continuamos la navegación, admirando el poder y bondad del Señor, que grandes se ostentaban en aquella mañana. El melodioso cantar de las aves, tan bellas y de varios matices; el majestuoso río sembrado de palmeras y bambúes á uno y otro lado, y los delfines que jugueteaban en sus tranquilas aguas, todo convidaba á bendecir al Autor de esas maravillas, y repetir emocionados aquel *Cantate Domino canticum novum, quia maravilia fecit.* (Ps. xcvi).

Desde dicho lugar hasta Güepí, agencia del Sr. Antonio Angel, sita en la margen izquierda, hay por lo menos unas 19 leguas. Güepí en la actualidad ha perdido por completo su adelanto y progreso anteriores. Allí no vimos cosa de especial mención, y así después de unas dos horas, lo suficiente para que prepararan el almuerzo, entramos con desesperación á las canoas, pues el mosquito, que hay en abundancia en aquel lugar, nos hizo muy mal recibimiento.

Siguiendo el cauce del río, unas trece horas más, tenemos á Micuntí en la misma ribera. Es una altura algo considerable, y en donde, treinta y dos años atrás, existió un pueblo de negros brasileños. Personas que conocen la historia del Putumayo, me aseguraron que una peste traída por uno de los vapores en aquel tiempo, sentó sus reales en Micuntí, y murieron casi todos sus habitantes: algunos que sobrevivieron á la catástrofe, abandonaron sus casas y sementeras y se fueron á su país natal. Lo cierto es que hoy no hay vestigio alguno de este pueblo. Desde este lugar hasta Buenos Aires, vivienda del Sr. Felipe Losada, empleamos tres

días y medio. En este trayecto el Putumayo aumenta el caudal de sus aguas con los que le dan el río Caneaya y el Curilla.

En cuanto á nuestra navegación, puedo decir que hubo de todo: grandes alegrones, y no pequeños sobresaltos y temores nocturnos. La hora de la pesca, que ordinariamente la hacíamos desde las seis hasta las siete de la noche, era tan divertida y abundante, que nos hacía olvidar las molestias y penalidades del día; pero cuando el cielo rompía sus cataratas en altas horas de la noche, y el viento empezaba por destruir la multitud de pequeños *ranchos* que la tropa y los indios habían fabricado en las inmensas orillas del río, y el agua á



ZANGUEBAR.—POBLADORES DEL RÍO.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

agitarse hasta formar oleajes sobre los que, como cáscaras de huevos, saltaban las canoas; y finalmente, cuando, por la obscuridad de la noche, se declaraba la confusión; eran, á no dudarlo, momentos que exigían mucha presencia de ánimo y no poca resignación. De mi parte les confieso que, á consecuencia de estas borrascas y malos temporales, quedé por algún tiempo bastante nervioso. Unas veces asustaba al P. Santiago con los gritos que daba al dormir, porque soñaba que los tigres, las culebras y otros animales feroces se acercaban al lugar de mi descanso; otras, comenzaba á fatigarme como quien lucha y se desespera en un naufragio. Obedeciendo todo esto á que la imaginación se exaltaba en el sueño por causa de los peligros que habíamos tenido durante el día. Sigamos.

En Buenos Aires tuvimos el casual encuentro de una

tribu de indios güitotos, llamados por otro nombre los *Caimitos*. Estos infelices, dependientes del citado Felipe, tienen sus casas y sementeras á un día de camino de este lugar y hacia la parte izquierda del Putumayo. Cada tres ó cuatro meses suelen salir á la casa de su patrón llevando el caucho que en ese tiempo han podido extraer; y en habiendo hecho la entrega, tornan nuevamente á sus viviendas para seguir la misma labor. Por otra parte es asaz dificultoso el seguir el camino que conduce á ellos, y aun el guía, si no es bastante práctico en aquella parte del Putumayo, puede con facilidad pasar de largo, sin darse cuenta del tal Buenos Aires. Esta ha sido la causa porque nuestros Padres, en las correrías que han hecho por este río, ni siquiera han sabido del lugar en donde viven los *Caimitos*. Lo mismo hubiera pasado con nosotros; pero hubo la circunstancia de que un comerciante que se nos adelantó, llegó precisamente cuando los indios estaban ya de regreso y les dió la noticia de que al siguiente día debíamos estar allí nosotros; y esto les fué suficiente para suspender el viaje con el fin de conocer al Misionero. Pues á decir del Sr. Losada, nunca habían visto sacerdote alguno, á excepción de tres indios que acompañaron á su patrón hasta Iquitos.

A nuestra llegada (aunque juzgo obedeció á la presencia de los soldados), se escondieron casi todos los indios, y sólo el Sr. Losada, con cinco blancos dependientes suyos, salieron á recibirnos. Dicho señor nos dijo que los tenía reunidos á todos, pero que al tiempo de cumplir con los deberes de urbanidad se habían escondido.

Varios de los indios estaban encerrados en un cuarto de la misma casa, y con mucho trabajo conseguimos el que salieran; á otros que se habían escondido en las chacras inmediatas, fué necesario amenazarles con severo castigo para que se presentaran. Comprendí que los indios tenían mucho miedo á aquel señor, porque á sus gritos y amenazas pronto se reunieron, y nosotros tuvimos la oportunidad de mostrarnos accesibles y darles á conocer nuestro amor y compasión hacia ellos. Esto último, en semejantes ocasiones, no cuesta mucho; pues basta pensar en que por estos infelices también sufrió la muerte nuestro Redentor, y en que son nuestros hermanos y tan herederos como nosotros del reino de los cielos. Pero al ver su modo de vivir, que casi en nada se diferencia del de las fieras; sus ningunos conocimientos del verdadero Dios, porque los pocos que tienen están envueltos en mil supersticiones; y al considerar que siendo el Misionero el único que los puede sacar de aquel triste estado, siéndole á éste imposible permanecer lo suficiente con ellos, es para desgarrarle el corazón, y ponerle en estado de tormento semejante al de una madre que ve la perdición de su hijo y no lo puede salvar. Con esta pena nos despedimos de nuestros indios, recomendándoles á sus amos que los trataran bien y les enseñaran lo poco que éstos sabían de nuestra Religión santa.

(Continuará).



LOS REDENTORISTAS EN EL CONGO (ÁFRICA)

(Continuación) (1)

III. El arribo

TIERRA, tierra! ¡El Africa! ¡El Congo! ¡He ahí el Congo! ¡Hemos llegado, gracias á Dios!

Y el buque seguía majestuoso lanzando al aire nuevas bocanadas de humo, la sirena anunciaba á los pasajeros tan fausta nueva, y tripulantes y viajeros subían á los puentes para contemplar y admirar el magnífico panorama que se presentaba á su vista.

Un mar rápido y sereno se lanzaba contra otro mar como dos montsruos que se atacan, luchan y pelean con tesón hasta alcanzar victoria decisiva; era admirable la serenidad de las aguas del río Congo precipitándose en la inmensidad del Océano. A la orilla derecha del río descansaba, iluminada por ardiente sol ecuatorial, la ciudad de Matadi, solazándose en la frescura del río, como en día de calor reposa y descansa el viajero á las márgenes de fresco río. Todos contemplaban admirados tanta grandiosidad en medio de tanta y tan variada belleza.

A un costado del vapor aparecían algunos pasajeros silenciosos y como abismados en profunda meditación. Ellos también miraban la ciudad; también contemplaban otro panorama más bello y encantador y que inundaba de dulce paz y consuelo sus corazones. De entre las casas y chozas de Matadi sobresalía una humilde morada construída de maderas, sin arte ni mérito alguno arquitectónico y que llamaba grandemente su atención. Un humilde campanario se elevaba al cielo puro y hermoso de aquellas regiones, como significando á todos cuantos se acercaban al puerto, que aquella era la morada de un Dios, el palacio del Rey de reyes, la prisión del cautivo de amor Jesucristo Sacramentado. Y el grupo de viajeros á ese templo dirigían sus miradas y murmuraron sus labios una oración, primer saludo que los Padres Redentoristas, los nuevos apóstoles de los negros enviaban á Jesús por cuyo amor venían á sacrificarse, convirtiendo gran número de almas á Jesucristo.

En aquel tiempo vivían en la ciudad de Matadi 300 europeos; eran como el granito de mostaza que arrojado á aquella tierra había de germinar y crecer hasta convertirse en magnífico y suntuoso árbol, cobijando bajo su benéfica sombra á los 2,000 negros, paganos en su inmensa mayoría por aquel entonces y gloria, andando el tiempo, de la Iglesia católica. Cada día, merced á la escuela de adultos abierta por los misioneros, registraba el Evangelio de Cristo nuevas conquistas.

Gran entusiasmo reinaba aquella tarde en la ciudad de Matadi; blancos y negros llenaban las calles de la población, y gritando y gesticulando se encaminaban presurosos hacia el muelle; muchos caballeros rodeaban al jefe del distrito, conversaban otros amigablemente con los directores del ferrocarril, y todos se dirigían al mismo sitio y pronunciaban un nombre, muy simpático sin duda para sus corazones, ya que tanto entusiasmo y animación comunicaba á las muchedumbres.

Entretanto el buque había llegado al puerto, y al

bajar á tierra los Padres Redentoristas varios amigos los recibieron con mucho cariño, y el inmenso gentío que les esperaba con impaciencia los aclamó lanzando al aire vítores, acercándose luego á saludarles y darles la bienvenida, así como los hijos amantes rodean y felicitan á su padre tras larga y prolongada ausencia. ¿Desean conocer desde luego las primeras impresiones de los humildes Hijos de San Alfonso María de Ligorio al encontrarse entre los pobres é infelices negros del Africa? Negros son de rostro, los labios sobresalientes les dan aspecto muy feo, y al dibujarse la sonrisa en sus carnosos labios aparece blanca y hermosa dentadura, como si pretendiera iluminar y dar animación á lo ne-



ZANGUEBAR. — BUENOS AMIGOS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

gro de la cara, aunque en vano, que no hay día ó sea blancura para tan negro rostro. Con todo, el negro es muy simpático y cariñoso, aunque algo desconfiado. Su lengua es el *flota*; los naturales de la costa entienden el inglés, algunos el portugués, y no pocos saludan y hablan el francés. En esta lengua hablan á los misioneros, y como son muy devotos y piadosos los ya convertidos, piden rosarios, á falta de bolsillos los llevan suspendidos del cuello sin temor al qué dirán ó al respeto humano; gran lección y muy instructiva por cierto para los *cobardes* europeos, que por respeto humano han renegado de Dios, de Jesucristo y de la Virgen María.

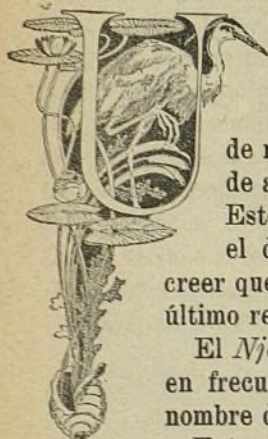
P. ENRIQUE E. CHAUBEL,
Redentorista.

(1) Véase el n.º 319 de *Las Misiones Católicas*. (1908).

ESCENAS DE LA VIDA SALVAJE EN PAIS KIKUYU (ESTE AFRICANO)

POR EL R. P. FEDERICO BUGUEAU, MISIONERO APOSTÓLICO

Cómo se suprime la embriaguez



NO de los *peccata minuta* más frecuentes entre los kikuyus, es la embriaguez. A falta de vino, desde remotos siglos extraen de la caña de azúcar una bebida que llaman *Njoi*. Este licor, lo mismo que el vino, tiene el don de alegrar al hombre, hacerle creer que es feliz, volverle locuaz, y, como último resultado, produce el insomnio.

El *Njoi* lo beben en plena fermentación y en frecuentes libaciones, conocidas con el nombre de *Chira Chya Njoi*.

Entre los ancianos de la tribu, su uso inmoderado da lugar á escenas del tenor de la que voy á relatar.

En una obscura choza, llena de humo y de repugnantes olores, están sentados en el suelo ó en taburetes, unos treinta ancianos, con las piernas cruzadas, y formando círculo al rededor de la enorme *Kenia* (tinaja) en que fermenta el precioso licor. El cuerno de buey, lleno de *Njoi*, no cesa de dar vueltas. Se canta, se gesticula, se habla, se descubren secretos, se exponen planes para el día en que el europeo, fatigado del viaje, regrese á su país. «¡Ah! dice uno: ¡Si tuviéramos fusiles, no le iría muy bien á este intruso!...» La conversación continúa, cada vez más animada. Se entusiasman y se alaban. «¡Oh! Tú eres grande, tienes muchas ovejas, innumerables vacas... pero yo lo soy más que tú; ¿sabes cuántas mujeres tengo?...» Por fin, después de tanto beber, la cabeza se vuelve pesada, las frentes se inclinan, se acercan al pecho, hasta que el sueño se apodera de todos los bebedores.

Un día fuí testigo de una de estas curiosas escenas. Después de haber medido á grandes pasos la sombría choza y después de haber hecho las más ridículas piruetas, uno de estos ancianos se sienta. Su mirada se pierde por el espacio. Lloro. Triste recuerdo ha cruzado su mente: el año último, en aquella misma época, perdió su macho cabrío, el más bravo de todos los del pueblo. Afligido por este pensamiento, va á dar de cabeza contra los árboles, come hierba como su querido difunto, hasta que, paralizado por la embriaguez, cae inerte y sin conocimiento.

Lo mismo para jóvenes que para gentes de edad madura, el *Njoi* es de muy malas consecuencias. La embriaguez los vuelve mal intencionados, pendencieros. Cuando se reúnen para beberlo, rara vez deja de haber sangre, y son frecuentes las heridas mortales. Y es tal la extensión del mal en este país kikuyu, tal la frecuencia de los asesinatos, que el Gobierno ha debido tomar cartas en el asunto.

Al efecto, ha llamado á Kinandjui, gran jefe kikuyu, y le ha ordenado acabar con tales excesos, bajo pena de descargar sobre él todo el peso de la justicia europea. Coerción ó temor religioso, ¿cuál de estos dos medios

será el más eficaz? se preguntó Kinandjui. Y optó por el segundo.

La ley proyectada no era muy del agrado del pueblo; razón más que suficiente para apoyarla con actos supersticiosos. Cuanta mayor es la falta de Religión, tanto más tiránica es la superstición; en esto se basa, para el Kikuyu, la eficacia de una ley. Con el *Kolinga Senge* (sangre de macho cabrío) impone el jefe su voluntad.

En una reunión al aire libre, á la cual asisten todos los ancianos, se propone y se discute la ley. Después de estos debates, que duran algunos días y suelen ser muy violentos, los ancianos se retiran al bosque misterioso... El hechicero, majestuoso y solemne, con una piedra puntiaguda en la mano derecha, tiene asido con la izquierda un soberbio macho cabrío negro. Con voz emocionada, el hombre del misterio promulga la ley: «¡El que infringiere esta nueva orden, muera como este animal!» Y con la puntiaguda piedra asesta terrible golpe en la cabeza del infortunado macho cabrío. Este lanza un gemido, y el hechicero exclama: *El espíritu ha hablado*, la ley está confirmada; maldito sea quien no la cumpliera.

Desde hacía ocho días no se hablaba de otra cosa en el Kikuyu que del famoso proyecto nuevo: el *Njoi* quedaba prohibido á los jóvenes y aun á los casados que no hubiesen entrado todavía en la categoría de ancianos. Estos (los ancianos, se entiende), como es natural, se alegraban y reían satisfechos; en su imaginación veían ya como el cuerno de buey daba más vueltas y les tocaba el turno con más frecuencia.

Pero á los 20, 25 ó 30 años, estar alistados por obligación á una sociedad de templanza, los guerreros kikuyus no podían soportarlo: decidieron reclamar.

Una mañana, los desdichados á quienes alcanzaba el proyecto de ley, se dan cita en casa Kinandjui. Ponen al servicio de su causa todos los recursos de la elocuencia y cuantos medios tienen de persuasión.

—¡Kinandjui, Kinandjui! *tare ahora*, ¡nosotros somos viejos también!...

—¡Kinandjui, Kinandjui! Nosotros ya no podemos danzar: hemos dejado las plumas y la cabellera de los jóvenes. ¿Cómo podremos vivir sin *Njoi*?

Kinandjui se muestra impasible á toda esta lluvia de súplicas y observaciones. «Ya sólo nos queda aguardar la muerte», murmura uno de los suplicantes, con la mirada triste y acariciándose la barba con la mano. «Yo, replica otro, beberé aunque me maten.»

Al día siguiente la misma escena. Pero esta vez, Kinandjui, que está de buen humor, se deja vencer, y permite una última libación, pero con la condición de inmolar un buey durante ella.

Así se llega al gran día de la promulgación de la ley.

Muy de mañana, á pesar del frío húmedo del mes de Agosto, numerosa muchedumbre, melancólica y silenciosa, apenas visible á través de la niebla, aguarda la

hora de la ceremonia. Al principio mi presencia parece inquietar á la multitud, pero pronto se restablece la calma y las conversaciones prosiguen su curso...

Un disparo cruza los aires. La hora del gran consejo ha llegado. Jóvenes y viejos se separan para deliberar. Sigo á los viejos, quienes, sentándose en el suelo sobre la húmeda hierba, forman un grupo que me impresiona. Como todo el mundo tiene derecho á hablar, los oradores son numerosos. El que tiene la palabra, se levanta (únicamente los más ancianos gozan del privilegio de poder hablar sentados) y, con el bastón en la mano, empieza su discurso, que raras veces logra terminar. Los gritos y murmuraciones le interrumpen pronto. El exordio es invariablemente un panegírico de las costumbres de otros tiempos. El gesto es frecuente, pero sencillo. La mano izquierda permanece invariablemente apoyada á la cadera, mientras que la derecha estrecha un palo cuyos golpes en el suelo sirven para marcar y hacer notar más las palabras y pasajes importantes. El discurso suele versar sobre infinidad de puntos, pero encaminados todos al mismo fin: el *Njoi*. La inspiración se apodera progresivamente de todos y cada uno de los deliberantes, y en un momento se arma allí una confusión y un barullo de mil diablos, las voces débiles unas, sonoras otras, intentando dominar éstas á aquéllas, lo que junto á la polvareda que levantan los bastones al golpear el suelo, convierten la reunión en un campo de Agramante. Felizmente un incidente cómico provoca la risa general y origina un breve silencio, que permite á uno de esos conscriptos hacer oír algunas palabras:

«El que robare á un kikuyu, muera como este animal (el macho cabrío).

«El que robare al europeo, sea perdonado...» Aquí todos los ojos se fijaban en mí; pero yo, prudente, me hacía el desentendido.

«El que apaleare á un kikuyu, sin permiso de Kinandjui, muera apaleado.

«El que envenenare al prójimo, sea quemado vivo, y sus orejas sean sacrificadas...»

Esta letanía se prolonga hasta la aparición de un vejete, que por todo uniforme viste una corbata de piel de cabrito.

«—Este, me dice el vecino, es el que ha de inmolar el macho cabrío; sólo él puede hacerlo sin perecer. No tiene pecado alguno...» ¡Se es santo á poca costa en este país!

Un enviado de Kinandjui, el gran Jefe, acompaña al viejo hechicero. Se levanta la sesión y nos trasladamos á una especie de anfiteatro á corta distancia de las casas del pueblo.—Si se hiciera esta ceremonia al lado de alguna casa, sus habitantes perecerían.—Kinandjui se sienta en una pequeña eminencia del terreno. Los viejos se colocan á su derecha y los jóvenes, armados de lanzas, á su izquierda, formando así una como muralla circular junto á su real persona. Oculto primero tras unos matorrales, desde donde pensaba presenciar la

ceremonia, fui sacado de mi escondrijo por orden de Kinandjui, quien, habiéndome visto, me invitó á sentarme á su lado, para que diera mayor realce á la sesión la presencia de un europeo.

Levántanse dos heraldos para promulgar las leyes. En la mano tienen unos palitos que muestran sucesivamente á la multitud, diciendo:

«¿Veis este palito? Pues el que robare á un kikuyu, muera como él. (Y lo arroja por encima de la multitud). ¿Veis este otro? Pues el que envenenare á alguien, muera también. ¿Veis este tercero? Pues el que hurtare nada al Padre ó cortare alguno de sus árboles, sin permiso, que muera.»

Aquí el heraldo se detiene y los jóvenes se miran; la hora fatal ha llegado.

«¿Veis este palito? Pues por espacio de nueve estaciones (*Kimera*), los que no pertenecen aún á la categoría de *mozuri* (ancianos), no podrán beber *Njoi*; el que lo bebiera, muera...» Desaforados gritos de los interesados ahogan la voz del heraldo.

«Por lo menos queremos beber *Njoi* de miel,» gritan voces de todas partes.

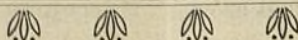
«Ni esto tampoco,» responde Kinandjui con voz firme desde su asiento, tirando al aire un palito. «¡Ah! ¡ah!» murmuran los interesados, y se restablece el silencio.

El viejo hechicero recoge los palitos, y seguido de un macho cabrío negro, el famoso *Senge*, se abre paso por entre la multitud que le sigue, y por senderos estrechos se dirige al fondo de un valle solitario. Una vez allí se arrodilla sobre una roca, sujeta á la víctima por la cabeza y los pies, y se arma de enorme y puntiaguda piedra.

Kinandjui está presente con todo su estado mayor de ancianos. Los jóvenes no pueden asistir al sacrificio; les está prohibido bajo pena de muerte. En cuanto á los demás, aunque sean admitidos de derecho en la ceremonia, todos creen prudente prevenir cualquier peligro atándose á la oreja hierbas sagradas.

El hechicero empieza: en todas sus acciones finge profunda emoción; cuando habla lo hace con voz trémula é insegura, y en tanto sus palabras brollan de sus labios ininteligibles al auditorio, asesta terrible golpe á la cabeza de la pobre víctima, cuya sangre añade á sus órdenes la sanción del sacrificio. Los dolorosos balidos del pobre animal atestiguan que los Espíritus corroboran las leyes promulgadas.

Cuando la víctima expira, el *Kolinga Senge* ha terminado. El macho cabrío ha sido enterrado, y enorme losa cubre su cadáver. Y esta ceremonia, más que cualquier pena ó castigo á los Wa-Kikuyus, somete á observancia de la nueva ley. ¡Maldición á quien la infringiere! Pero si la tumba del *Senge* no es respetada, y éste asoma por alguna parte, aunque sólo sea la cabeza ó los pies, las leyes del hechicero perderán todo su poder, serán nulas, y los caminos del pueblo estarán de continuo llenos de beodos como en el pasado.



NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

II.—Cuento de hadas

HACE algunos meses, una docena de jóvenes tomaron súbitamente la resolución de asistir al Catecismo. Resolución tan seria no fué tan espontánea como á primera vista parecía. Puesto que no ignoraban dichos jóvenes las consecuencias revolucionarias que tal resolución pudiera tener, forzosamente tuvo que realizarse de antemano en su espíritu un trabajo importante y oculto.

He aquí el relato verídico de los hechos que fueron la causa inmediata de esta decisión:

Ello empezó por un duelo de celos. Un joven kikuyu que estaba en vísperas de casarse, había observado que su novia miraba amorosamente á otro guerrero. Una vez tuvo la desgracia de sorprenderlos cambiando sonrisas: esto bastó para un duelo. Batiéronse un día de danza, y el culpable quedó fuera de combate gracias á una formidable cuchillada que le hizo saltar dos dedos de la mano. En vez de seguir la antigua y buena costumbre de arreglar amigablemente la cuestión haciendo mediar la asamblea de ancianos, el herido fué á quejarse ante el representante indígena, quien comisionó dos soldados para que fueran á enterarse del asunto. Estos quisieron aprovechar la ocasión para proveerse de carneros, y buscaron pretextos para ello. Habiendo sorprendido á un guerrero que ostentaba orgulloso su penacho de plumas de gavilán, lo cual iba contra la ley del jefe indígena, que lo tenía severamente prohibido, quisieron prenderle para corregirle. Pero no les fué muy fácil lograrlo, y para vengarse prendieron á un hermano suyo, llamado Komo, que ajeno á lo sucedido, estaba trabajando tranquilamente en el campo. El infeliz fué atado y encerrado en una casa, no sin antes haber recibido buena porción de mojicones y puntapiés. Sólo mediante un carnero sería puesto en libertad. ¡Y su crimen consistía en tener un hermano que llevaba plumas de gavilán!...

Advertido del caso, comisioné á un hombre para que fuera á exponer á los soldados mi manera de pensar. Estos, me respondieron que no debía meterme en los asuntos del Gobierno, y que si persistía en poner trabas á la ejecución de las leyes, me encarcelarían á mí también... Como semejante fanfarronada no podía proceder sino de algunos miembros del Gobierno, repliqué que iba á escribir inmediatamente para advertir al Jefe europeo. Y aquellos militares bravucones, sabiendo que los ingleses no entienden de bromas, soltaron al punto al prisionero y me dieron mil excusas.

Al día siguiente al de estos sucesos vi llegar á mi casa unos jóvenes acompañados de un tal Kerori, que será el héroe de esta verdadera historia, el cual usó de la palabra en estos términos:

«—Puesto que has librado á Komo de la cárcel y

que proteges á los tuyos, bien claro vemos que eres un hombre. Queremos ser de los tuyos. Empieza á instruirnos.»

Verdaderamente estaba henchido de alegría al oírme otorgar tan precioso tratamiento; pero más lo estaba al ver iniciarse un movimiento que podría tener muy buenos resultados. La constancia de los iniciadores hace esperar sea sincero. Es un verdadero placer, os lo aseguro, enseñar el Catecismo á salvajes bien dispuestos. No vayáis á imaginaros que el salvaje es siempre un bruto que no sabe sino comer, beber y dormir. Son muy inteligentes y aun á veces muy religiosos... á su manera.

Pero voy á contaros lo que le sucedió á Kerori.

Habíamos discutido largo rato acerca la naturaleza de los Espíritus, estos Espíritus á quienes los Kikuyus ofrecen tantos sacrificios.

«—No es á los Espíritus de vuestros antepasados, les dije, á quienes honráis de esta manera, aunque ésta sea vuestra intención, sino á cierto individuo llamado *Shetani*, enemigo declarado de Dios y de los hombres. El móvil de vuestros sacrificios, como acabáis de confesar, es el miedo. Una experiencia secular os ha demostrado que estos Espíritus son maléficos, y para hacéroslos propicios les ofrecéis sacrificios y libaciones. Pues bien, vosotros mismos confesáis que cuanto más les favorecéis, más exigentes se muestran. ¿No es absurdo y hasta ridículo creer que son vuestros padres y vuestros abuelos los que tan á menudo se complacen en molestaros? Estad convencidos de que el diablo os engaña, y de que le tributáis un culto debido sólo á Dios.»

Mis oyentes me comprendían perfectamente; pero surgió una grave dificultad. En el cuadro que les mostré, el diablo estaba pintado de negro.

«—¿Por qué es negro el diablo?»

La pregunta era algo embarazosa.

Pero cuando se tiene la ventaja de haber nacido en las cercanías de Gascuña, sería una vergüenza confesarse vencido por tan poca cosa. Y les espeté resueltamente esta respuesta.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Limosnas para las Misiones del Shensi septentrional, recibidas en la Administración de las «Misiones Católicas» y entregadas al R. P. Fr. José M.^a Iruarizaga.

Barcelona.—Familia Coll (para el Hospital). 50 Ptas.
» —A. B. 20 »

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.
» —Un sacerdote. 60 »
Valencia.—D. Vicente Sanz. 4 »
Zaragoza.—D.^a Josefa Delgado. 10 »

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

24 Agosto.

Ayer tarde llegó mi cuñado: María lo recibió con los brazos abiertos, y sus hijos lo rodearon alborozados. Gastón es buenísimo, pero de carácter serio y enérgico. Simpatiza mucho con Carlos, y juntos realizan largas excursiones. Al anochecer son muchos los días que después de largos paseos aun se retiran á la biblioteca, donde pasan una hora en la más amistosa conversación. La cualidad que más admiro en Gastón es la paz y tranquila serenidad que respiran todos sus actos. Es fervoroso cristiano, y la fe que anima cuanto hace lo agranda á mis ojos que le admiran. María es infinitamente mejor que yo, y mi cuñado más perfecto que Carlos. Mi hermana y su marido me parecen modelo completo de lo que puede y debe ser una familia cristiana. Y dije familia, porque la manera como educan á sus hijos es para nosotros ejemplo precioso. Claro está que ni mis sobrinos ni mi sobrina son perfectos, pero en ellos se sienten ya, pese á sus naturales defectillos, los saludables efectos de sabia educación. José respeta y obedece á sus padres. Margarita, aunque muy viva y nerviosa, sabe también obedecer; y sin embargo María me asegura que ni Gastón ni ella siguen *método* educativo. «Hacemos cuanto nos parece lo mejor, me dice mi hermana; queremos mucho á nuestros hijos, y los queremos, no por egoísmo, sino para su bien. Anhelando sólo su felicidad, nunca sacrificaremos á las alegrías de momento, los caprichos ó deseos infantiles lo que consideramos esencial: la formación de su carácter. Dada la orden, han de cumplirla todos, hasta el pequeño Marcelo.»

Y como replicara que me parecía muy severo...

—El talento, me contestó, estriba en mandar á esta edad lo menos posible.

Reflexionando esta respuesta, comprendo su sabiduría. Sí, hay que dejarles libertad á los niños, y no aburrirles y fatigarles con exigencias de quietud y silencio, incompatibles con su naturaleza: evitar comprometer la autoridad en cuestiones de poco momento, para conservarla entera para las cuestiones más trascendentales que con el tiempo deberá resolver.

6 Septiembre.

Mi cuñado y mi esposo nos han dejado esta mañana; su ausencia será de unos diez días. Van á Poitou, por asuntos relacionados con la herencia de nuestra madre. En dicha ciudad nos legó propiedades que exigen su presencia: contratos que renovar, reparaciones urgentes que disponer. Vivimos, pues, María y yo en mayor intimidad y más solas: hablamos, leemos y trabajamos juntas, mientras nuestros hijos juegan. Y el alma de nuestra vida es, más que el presente, el pasado. Mi madre continúa entre nosotras: los lugares que ella prefi-

riera, preferimos, y si, lo que no dudo, puede vernos y oírnos, sabe cuánto la *amamos*. Nunca llegué á comprender cómo hablando de la madre muerta, de un hijo querido que voló al cielo, se diga *¡le amaba tanto!* ¿No les amamos más si cabe cuando lloramos su ausencia?... Le *amaba*... para hablar en pretérito fuera preciso que no existieran. Y es todo lo contrario: gozan la plenitud de la vida: la vida eterna. Viven allí, cabe á nosotros, en Dios. Sí, les *amamos*, y podemos evidenciarles nuestro amor con lágrimas, oraciones, sufragios, que serán para ellos meritisimo lenitivo, si la justicia de Dios los retiene en el lugar de la expiación. Sí, *amo* á mi madre, y emplear este presente es para mí el más dulce consuelo. Los años que separarán su muerte de la mía, ¿no pueden compararse al tiempo de una ausencia?

27 Septiembre.

Las vacaciones tocan á su término. Mi marido y mi cuñado han regresado de su viaje, y gozamos los últimos días de esta dulce reunión de familia. Pronto nos separaremos por largos meses. ¡Cuántas tristezas encierra este pensamiento! ¡Nos gustaría tanto á María y á mí vivir la una cerca de la otra y reunirnos todos los días!

2 Octubre.

Vednos solos en Monte F.... Mi hermana se marchó ayer con los suyos. Carlos y yo sentimos la soledad. También nuestros hijos añoran los ausentes: esta mañana la pequeña Magdalena se echa á mis brazos y llorando me dijo: «Mamá, ¡y qué triste el jardín sin nuestros primos ni Margarita!...» No me fué difícil consolarla, pues á esta edad feliz las tristezas de la separación no dejan huellas profundas. Pero dicha reflexión infantil prueba cuánto los quería. La pobre niña tiene una alma privilegiada, de estas que no sólo sufre las penas que la vida les reserva, sino también las que hieren á cuantos aman. Bueno es que la mujer sea dulce y compasiva, pero á la par han de adornarla la fortaleza y el carácter. Debo, lo sé, prevenirla contra su tendencia natural. Me complace sentir sus caricias y pagárselas con creces. Sin embargo, no siempre es bueno conmover su corazón. Quiero que el alma de mi hija sea fuerte, fuerte hasta el sacrificio, hasta á la muerte: que el supremo móvil de sus ansias sean la fe y el deber, que busque en sus convicciones religiosas la dirección de su vida. Dios le regalará, quizás, la felicidad que yo gozo en la dulce paz del hogar, en las alegrías de la familia; pero ¡ah! puede también que su vía sea más estrecha, y que las penas, las tristezas, sean la herencia de mi hija queridísima. Si su alma no estuviera templada para soportar la prueba, para aceptar la cruz y sufrirla resignada, ¿qué sería de

ella? ¡Pobre inocente Magdalena! Cuando rezo por ella, siempre de lo más íntimo de mi alma siento surgir este supremo anhelo: ¡Dios mío, hacédla fuerte, santa: que sea vuestra, que os ame, que os sirva los días todos de su existencia!

24 Octubre.

Un año hace ya que mi madre nos dejó para un mundo mejor. ¡Un año! y su recuerdo no me abandona nunca. Mucho hemos rezado y hecho rezar por ella: seguiremos haciéndolo. Cada día el santo sacrificio de la Misa continuará ofreciéndose por el eterno descanso de su alma, que es un deber de los hijos seguir en el lugar de la expiación á su padre, á su madre... Cuando vivíamos con ellos, nada omitían para lograr nuestra salud y bienestar, y no titubeaban ante los mayores sacrificios para curarnos ó para hacernos felices. Es de fe que ahora podemos ayudarles eficazmente, y pagar así una deuda sagrada. Pero sin que por ello deje de rezar, creo podemos esperar que nuestra madre goza en el cielo la dicha eterna. Esta idea consuela mi tristeza.

Ayer llegó María. Gastón se quedó en D... para no dejar á los niños solos. Me ha hecho mucho bien tener á mi lado á mi hermana el día del triste aniversario. Esta mañana en el Oficio concurrió muchísima gente. Ha sido una prueba más de las grandes simpatías que gozaba aquella cuya muerte lloramos.

B..., 2 Diciembre.

Otra vez estamos en B.... Carlos, á quien gusta la sociedad, manifestó deseos de que reanudáramos nuestros martes. Sentaremos, pues, cada semana algunos amigos á la mesa, reuniremos muchos más al anochece: conversaciones, música y mesas de juego, distraerán á los invitados. Siento aún tan amarga tristeza, que he rogado á mi esposo no me obligara á acompañarlo después de cenar. El comprende mi repugnancia á cuanto es bullicio y alegría ruidosa. Por larga que sea mi vida, siempre vestirá luto mi corazón de hija.

24 Diciembre.

Hoy me ha visitado Marta de M...; me espanta el cambio que ha sufrido en pocos años. En el Sagrado Corazón era buena y piadosa. Sentíamos igual y nos queríamos. Cuando jóvenes nos encontrábamos los inviernos, y conservábamos aún algo de la antigua intimidad, á pesar de que su manera de ser la distanciaba de los gustos sencillos y serios á que mi madre me acostumbrara. Temía por ella y solía decirla: Eres demasiado mundana: acuérdate y medita aquellas palabras del Salvador: «Marta, Marta, una sola cosa es necesaria.» Reíase, se burlaba de mí, y solía llamarme *predicadora*. Su corazón era bueno, y estoy cierta de que si se hubiera casado con un católico práctico, su manera de ser habría cambiado. Pero la desgracia empeñó en que mi pobre amiga se enamorara de M. de M., y resultó la pareja más frívola, más ligera, más mundana de cuantas sufre B....

Marta es guapa, espiritual y rica. Su marido la iguala en espléndidas cualidades materiales. Se afirma que es-

te matrimonio fué hijo del amor. Yo, sin embargo, opino, que ella no ama seriamente á su esposo. Quisiera verle mayor consideración, mayor respeto á aquel que es su señor y dueño.

Se empeñó en convencerme de que me quiere mucho. Me ha dicho que anhelaba renovar antiguos tiempos, visitarme todos los días, llevarme á estas grandes reuniones que la encantan, la seducen, y son el alma de su vida. No debí violentarme para renunciar á sus proyectos, y dije toda la verdad al afirmarle que no son estas mis aspiraciones.

—Bueno, pues, acabó ella, si no logro cambiarte, acaso tú me conviertas.

Si tuviera esta esperanza, fuera feliz: pero no: se lanzó á la corriente del mundo, y no hay quien la resuelva á retroceder.

¡Indecibles encantos de Noche buena! ¡Santos pensamientos hijos de la fe, que hacéis felices á las almas buenas! Oyendo la Misa de media noche, que tanto me ha gustado siempre, sentía henchírseme el alma de emociones suavísimas. El sonriente Niño de Belén, ¿no parece, del regazo de María, tendernos los brazos y llamarnos cabe su pesebre? Se pierde el temor y queda sólo el amor ante este Dios que ha querido ser nuestro hermano. ¡Divino Jesús Niño, Tú no has renunciado á tu poder, te has limitado á velarlo á nuestros ojos y te humillaste tanto sólo para atraernos! A Ti vengo sin temor. Quiero, como los pastores, ofrecerte algo. Mis hijos, quiero darte mis hijos: son pequeños y débiles: por ellos imploro bendiciones sin tasa. Que siempre sean tuyos; que ni las pasiones, ni las seducciones del mundo tengan poder para alejarlos de Ti. Sí, lo digo con toda mi alma, del fondo del corazón, prefiero verlos morir para servirte, que vivir separados de Ti.

1.º Enero 1858.

Magdalena y Luis gozan alborozados este primer día del año nuevo; muñecas, juguetes, dulces y confites, esto es para ellos empezar bien el año. Para nosotros, el primer día de Enero engendra ideas graves, pensamientos tristes... Murió un año: los días que lo componen cayeron uno tras otro en el abismo del pasado, arrastrando en su caída nuestras faltas, nuestros méritos. Cada hora, cada instante se nos recordará en el momento solemne del juicio eterno. ¡Ah, cuántos perdidos para siempre!... Y el año que empieza, ¿qué nos traerá? ¿Alegrias ó pesares? Cuando una madre mira el porvenir, siempre múltiples inquietudes turban su corazón. Tiembla por sus hijos. Una ligera indisposición, el menor síntoma de sufrimiento se le antojan graves dolencias, le hacen temer las mayores desgracias. ¡Dios mío, protegédnos á todos, á mi esposo, á mis hijos!... Que este tiempo que vuestra misericordia se digna concedernos, sea en nuestras manos la moneda preciosa con que compremos la eternidad. Libradnos de la enfermedad, de la muerte, pero ante todo y sobre todo del mayor de todos los males, que es el pecado. Así lograremos feliz el año que hoy empieza.

(Continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.